

Don Quijote

Cuando Kiko y Lara se imaginaban de mayores, se veían triunfando en el cine y recibiendo premios en los grandes festivales cinematográficos, pero de momento se conformaban con ir a clases de teatro, al salir de la escuela, y representar historias jugando con sus amigos. Al acabar el curso, ya de vacaciones, consiguieron que algunos niños del pueblo participaran en sus juegos teatrales.

—¿Qué hacemos hoy? —preguntó Lara cuando iban a la plaza a encontrarse con los demás.

—Podríamos vivir las aventuras de don Quijote —propuso su hermano Kiko—. Acuérdate que leímos algunas en clase y son muy divertidas. Yo me pido hacer de Sancho Panza.

—Pero... ¿no quieres ser el protagonista de la historia, con lo que te gusta? —preguntó extrañada su hermana.

—No, porque está loco y todos se ríen de él.

—Ah, sí, es verdad, pues yo tampoco quiero. Seré Dulcinea...

Cuando encontraron a los otros niños, decidieron entre todos cuál sería, más o menos, el argumento de la historia que iban a representar y empezaron a repartir los papeles. Había mesoneras, campesinos, mercaderes, caballeros, damiselas... Todos eligieron personaje y nadie se quedó con don Quijote. Intentaron convencer a uno de los más pequeños, pero no lo consiguieron. Les encantaba la idea de reírse del chiflado, pero nadie quería representarlo y ser el hazmerreír de los demás. Ni en broma.

En esas estaban, cuando llegó a la plaza Dina.

—¿A qué estáis jugando? —preguntó.

—A hacer teatro —le dijo Lara—. Estamos pensando en representar las aventuras de don Quijote. ¿Quieres jugar con nosotros?

—¡Sí! —contestó entusiasmada—, pero con una condición: que me dejéis ser don Quijote.

—¿Por qué? —gritaron todos a la vez, sin poder creer lo que oían.

—Pues porque está loco. Como mi padre.